

LA ESCALADA DE ENERO

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Nos encontramos en plena cuesta de enero. Acostumbrados a ella, tenemos que confesar que la de este año se nos presenta más difícil. Puede que sean los años, pero lo cierto es que esta escala de 31 peldaños nos parece más larga que las anteriores.

Según me decía un amigo, la cuesta del actual enero tiene más de escalada que de escala. Y no de escalada en ese sentido que, querámoslo o no, siempre relacionamos con el triste asunto del Vietnam. Enero, hoy, es escalada en ese sentido de simbólica ascensión al Everest. Y continúa mi amigo argumentando con razones contundentes cuando, con toda seriedad, afirma que hoy todos somos émulo de Hillary y el sherpa Tensing. Basa sus alegatos en que, si ellos arrojaron los riesgos de la congelación, ya nosotros somos víctimas de tal eventualidad.

Mi amigo es hombre un poco duro de entendederas. Ha sido vano el tratar de explicarle que el término congelación tiene diferentes significados e interpretaciones. Y que no es lo mismo el peligro que rondó a Hillary y a su intrépido acompañante—y que incluso alcanzó a Maurice Herzog en el Annapurna—que el que, más cerca, se cierne sobre nosotros.

Cuesta de enero y congelación se unen a ese fatídico 13 que hoy campea en todos los calendarios. Puede que de ahí parta un cierto pesimismo que, sin duda, está acentuado desde ayer por una conversación que oí—sin querer desde luego—en un autobús urbano.

Marchaba éste repleto—aunque mejor sería decir repletísimo—cuando, a través de la selva de brazos y piernas que había florecido en el pasillo, se divisaron dos amigas. Una iba sentada a estribor y a babor la otra pero, sin tener en cuenta la barrera humana situada a crujía, ambas decidieron entonces comunicarse en alta voz sus problemas y opiniones.

De ahí mi conocimiento de la conversación—conmigo se enteraron unas cuarenta personas, conductor incluido—que ambas damas sostuvieron. Vino primero un prólogo, obligado casi, en que se sacó a relucir el cuadro clínico de las familias a que ambas pertenecían. Luego, una de ellas, elevando la voz más de lo normal y necesario, informó a la otra de que, si no iba en auto, era debido a que Pepe lo había vendido para comprar uno nuevo y mayor. Entonces,

sólo entonces, el señor que iba a mi lado—que por cierto tenía un rostro avinagrado—mascullé unas palabras, entre las que creí entender las de “letras impagadas” y “signos exteriores”.

Luego, ya satisfecha con esta necesaria aclaración sobre su permanencia en un vehículo público, la dama dio rienda suelta a su elocuencia. Reconozco que para la economía y el frío mundo de las estadísticas no me encuentro debidamente dotado. Admiro a quienes retienen precios y cifras, máxime si cuando expone estos sus conocimientos lo hace adornándolos con el vistoso ropaje de la anécdota. En el lento autobús asistimos a un curso de economía histórica. Ante nosotros desfilaron, en heterogénea formación, toda la gama de productos comestibles y textiles. Presenciamos también la lenta transformación de la venta de aceite y vinagre en el moderno autoservicio, con obligatoria mención al comercio de ultramarinos finos. Todo ello adornado con impresionante lista de artículos y la no menos impresionante de los precios, con el aliciente ésta de estar enfocada desde el punto de vista histórico.

En verdad que la dama acaparaba la atención. Hubo quien no se apeó en su habitual parada y continuó viaje, absorto y pendiente del monólogo—que no diálogo—de la enterada señora. Pero la conversación se animó cuando, de buenas a primeras, ésta comenzó a tratar el tema de la cuesta de enero y la congelación. Aquello fue Troya. El avinagrado vecino, sin más preámbulo, procedió entonces a informarme de que cierta marca de leche en polvo había pasado de 45 a 50 pesetas. En el asiento trasero, dos señoras, desconocidas hasta entonces, comentaban la posible subida de una peseta en bote de leche condensada pues, decía una de ellas, tal aseguraba el tendero de la esquina.

El autobús se convirtió en una cátedra ambulante de economía. La última intervención de la dama experta fue cuando, al bajarse su interlocutora, la informó del nuevo precio de las sábanas.

—Ten en cuenta que, si han subido, es que son de importación y se pagan en dólares.

El avinagrado vecino, con un pie en el aire para abandonar el autobús, la miró y dijo:

—Señora, entonces que nos paguen en dólares.